PONENCIA 1

LA FORMACIÓN EN LA ÉTICA INFORMATIVA

DRA. MARISA AGUIRRE (PERÚ)

Profesora de Ética de la Información

Universidad de Piura y Escuela de Negocios CAME de Lima

Nos encontramos, una vez más, ante un importante espacio de reflexión acerca de nuestro propio trabajo, el sentido de la profesión y la realidad que conforma su entorno. Este tiempo dedicado a pensar en alto, a intercambiar experiencias y a confrontar ideas es de una riqueza singular porque permite diseñar el futuro conservando lo que hay de valor, cambiando lo que conviene poner al día y, en la mayoría de los casos, innovando el quehacer informativo y docente.

El propio tema sugerido para este Congreso es de una gran profundidad porque nos sitúa, de entrada, frente a múltiples aspectos desde donde se pueden abordar esas realidades vitales: Ética y Derecho de la Información. La oportunidad de encontrarnos, además, profesores de distintos países, le da una especial relevancia porque permite una mirada global que será la pauta para plantear los cauces por donde debe discurrir el futuro de la profesión.

Si en todo tema, el título supone la esencia de lo que se propone decir, es lógico pensar que mi intervención pretende analizar la propuesta, confrontar el deber ser con la realidad, y sugerir algunos caminos para la docencia universitaria y el quehacer informativo. Quizá es oportuno mencionar que mi vida está ligada a la docencia universitaria, pero dentro de este contexto, las últimas décadas las he dedicado más directamente a temas de Ética de la Información y de los Negocios; me muevo pues en el ámbito del "deber ser".

Hoy se habla frecuentemente de ética, pero muchos entienden un conjunto de prohibiciones, de normas, de deberes que nos complican la vida. Sin embargo no es así, y me gusta definir a la Ética como el conjunto de soluciones del más alto nivel que la inteligencia es capaz de descubrir respecto de los problemas que nos afectan y que no resuelven otras ciencias. Es la Ética quien armoniza y encuentra soluciones imaginativas, por eso la entiendo como una invitación al hombre a que juzgue

ordenadamente, en cada ocasión, lo que le corresponde o no hacer. Es una invitación al ejercicio más genuino de su libertad.

EL HOMBRE Y LA CULTURA

El hombre es hombre en la medida en que trasciende lo que es propiamente naturaleza por medio de una actividad que lo lleva a crear cultura. La naturaleza es el mundo, la creación material, y la tarea encargada al hombre es precisamente una actitud creadora ante esa naturaleza, desarrollar sus virtualidades. Cuando el hombre actúa sobre la naturaleza y se proyecta sobre ella con una acción creadora, lo que surge es la cultura. Un simple ejemplo clarifica lo que estamos diciendo: siempre ha habido en el mundo cosas bellas; una flor es algo bello, pero la belleza de una flor no tiene trascendencia cultural hasta que un primer hombre arranca esa flor y se la da a la mujer que ama y le dice: "mira, es como tú". Eso ya es cultura, un acto cultural porque la naturaleza cobra sentido, el sentido que el hombre le da; la flor se ha hecho portadora de significado. La cultura es así la proyección del hombre sobre la naturaleza. Y puede decirse que cabe la cultura porque la naturaleza tiene un fin. Así, la cultura no es una superestructura que aplasta al hombre sino acción humana que pone lo creado al servicio de la persona dotándola de sentido.

Por otra parte, puede afirmarse que el hombre está haciendo cultura desde que existe sobre la tierra, pero en cada momento afronta dificultades y peligros. ¿Cuál sería el mayor peligro que amenaza a la sociedad de hoy? Nuestra sociedad ha sustituido, históricamente, la cultura de personalidades, personas con nombre y apellidos, por una cultura de masas que puede aniquilar el patrimonio cultural. El hombre se encuentra aprisionado por una civilización tecnológica pero sin sentido para él, porque ha dejado de ser acción creadora por y para la persona.

Qué falta de sentido tienen algunos avances técnicos espectaculares que anulan a la persona: investigación en embriones humanos –personas- que luego son destruidos, técnicas para una muerte dulce, armas químicas, y muchos otros específicos de la comunicación que también veremos. ¿Se puede seguir así? ¿Se puede crear contra el hombre y la cultura? Da la impresión de que ese camino sólo nos llevaría a la angustia y desesperanza porque atenta contra un verdadero humanismo y deshace los vínculos de sociedad. Hay que encontrar otros cauces e intentar que esa sociedad de masas se convierta en una sociedad de personas donde cada hombre viva de acuerdo a su dignidad, tenga un sentido claro en la vida y se sienta con la responsabilidad de cumplir la misión que le corresponde. Ese es el camino cierto del desarrollo.

Pero, "para enfocar debidamente las grandes cuestiones sociales es necesario partir de una adecuada comprensión de lo que es el hombre, y esa comprensión es lo que parece estar perdiéndose en nuestra cultura..."[1]. Si algo se ha mermado en el siglo que acaba de terminar, es precisamente el concepto de hombre.

[1] Illanes, J. L., *Ética ante la crisis contemporánea*. Pamplona, 1986, p. 21.

Como recordamos, el año 1996 fue declarado como "Año de la erradicación de la pobreza"; la comunidad internacional debía tomar conciencia del desafío que supone la pobreza en nuestro tiempo. Por eso, instituciones como la FAO, el Banco Mundial, OIT, UNICEF, CEPAL, destacaron que el aspecto económico no era el real indicativo de lo que puede suponer ser pobre y pedían asumir otro criterio que es el de "desarrollo humano". Es importante la definición y supone un gigantesco paso adelante al hablar de pobreza, porque hablar de desarrollo humano tiene sentido, ya que hasta ahora no lo ha sido, ni en lo conceptual, ni en la realidad; y las constantes universales hacen más bien pensar que el mundo va, cada vez más, hacia lo inhumano. Hace falta, pues, una visión global del hombre y la humanidad para que los beneficios sean fuente de mejora para todos y una mayor claridad de qué significa el desarrollo humano.

Pero dentro de las ideas que presionaron el fin de siglo, una pesó fuertemente, y es la que lleva a desear tener más en lugar de ser más. Se ha dado más importancia al poseer que al crecimiento del ser. Existe pues la absoluta necesidad de una antropología fundante de un verdadero concepto de hombre. Entendido esto, encontrarán su lugar todos los temas que hoy parecen estar distorsionados. "La conciencia de crisis que se experimenta en nuestros días, no es sólo el reflejo de modificaciones estructurales y ambientales, sino también el resultado de una pérdida de valores: lo que reclama nuestro momento histórico no es exclusivamente una actitud de disponibilidad y audacia para abrirnos a lo nuevo, sino a la vez -y precedentemente- una capacidad para ir a lo hondo de nuestro ser y del ser de las cosas, a fin de redescubrir la verdad profunda del hombre ..."[2].

Nos ha tocado vivir un tiempo especialmente difícil ya que coincide con lo que se ha dado en llamar crisis de la cultura de la Modernidad y que ha supuesto profundas transformaciones en las referencias culturales, hasta llegar a convertirse en auténticos cambios de sentido de los valores o, en muchos casos, la pérdida de ellos. Se han perdido los caminos claros que guiaban la vida de cientos de generaciones.

En toda época ha habido errores, problemas, dramas humanos, pero en ninguna como la nuestra han sido tan graves porque están corroyendo la esencia de la verdad sobre la vida, el hombre, el mundo, el amor, la honestidad... Se trata de una pobreza humana en la que ha decantado el pensamiento moderno. A esta situación un filósofo contemporáneo la ha llamado precisamente así: antropología de la miseria; más grave que la pobreza material porque es el punto de partida de muchos desórdenes con los que hoy convivimos y que han afectado también, profundamente, al quehacer informativo.

Existen, principalmente, tres ideas o convicciones que conforman una determinada interpretación del hombre: el individualismo que entiende al hombre cerrado sobre sí mismo; el relativismo que lo lleva a perder el sentido de la verdad y a considerarse sujeto de todas las libertades inmanentes posibles; y el cientifismo que lo hace poner

[2] Ibídem.

la fe en el progreso que cree salvador. Vemos así generaciones de gente joven que empiezan a vivir sin ideales que sustituyen por metas materiales a corto plazo pero no fines, que son lo propio del hombre.

Lo material, lo sensible, ocupa el lugar de valores como la amistad, la entrega, el amor y así los exclusivos motivos de las acciones serán el dinero, el placer, la moda... con el único fin de gozar del presente; no hay tiempo para los demás, hay que aprovechar la vida. Pero la paradoja surge porque se da también, en cada persona, una profunda sensación de aburrimiento, de hastío, de desesperanza. Vivir se torna un problema porque no se sabe para qué vivir.

Esta mentalidad es difícil de erradicar después de más de dos siglos de propaganda. Pero podemos estar de acuerdo con una afirmación evidente: hay cambios que mejoran al hombre y cambios que lo empeoran, lo empobrecen. La pregunta filosófica sobre qué es el hombre no se ha abandonado sino que se ha ido contestando con diversas respuestas correspondientes a diversas ideologías. Sin embargo, "no podemos pasar por alto el hecho de que toda civilización, desde los principios de la historia hasta los tiempos modernos, ha aceptado la existencia de un orden espiritual trascendente y lo ha considerado como la última fuente de los valores morales..."[3].

Es decir, la historia nos dice que todo desarrollo ha tenido como base la idea de hombre trascendente. Negada ésta, el hombre queda sumergido en la nada porque la vida pasa a ser un bien perecedero. Surge así una nueva pregunta que termina de perfilar la temática que deseamos plantearnos: ¿qué responsabilidad debe atribuirse, en la génesis de la crisis contemporánea, a la pérdida del sentido de los valores, palpable en muchos ambientes? El hombre manifiesta su dignidad en su capacidad de ideales. Cuando los ideales se desvanecen, el horizonte humano se achica y la sociedad se cuartea.

Mi país pertenece a lo que se ha dado en llamar el Tercer Mundo; países en vías de desarrollo en los que una mayoría de habitantes carecen de bienes materiales necesarios. Pero existe un Cuarto Mundo nacido por efecto de la crisis; un mundo que no se deja circunscribir geográficamente. Se le encuentra en todos los continentes y en todas las zonas culturales; es la miseria del subdesarrollo moral. Es el problema que resulta cuando el progreso económico-tecnológico no corre paralelo al progreso ético y así se abre paso a todo tipo de miserias. Ese Cuarto Mundo está también presente entre nosotros y ha impregnado la tarea informativa. Porque hoy, los valores éticos son rechazados por principio como coaccionantes de la conciencia, como tabús. Y bajo criterios de "normalidad" se puede decir, escribir y hacer lo que sea.

Pero ¿qué es lo normal? ¿Quién es hoy una persona normal? La respuesta es sencilla: todos sabemos, en el fondo del corazón, que hay una verdad que se me impone y por la cual debe ser medida la calidad de mi conducta. Hay una norma y, si se vive conforme a ella, el hombre es una persona normal.

---

[3] Dawson, Ch., *La crisis de la educación occidental*. Madrid, 1962, p. 200.

Pero en muchos ambientes circula otra versión según la cual la verdad no está en la realidad sino en el conocimiento de los comportamientos dominantes. Lo bueno y lo malo se trastoca, y entonces es bueno lo que hace la mayoría, es malo lo que se opone a ese modelo. En la práctica se traduce por argumentos del tipo: "pero si todo el mundo lo hace"; "si es normal"; "qué retrógrado pensar de otro modo"... y generalmente las respuestas se refieren a asuntos que exigen convicciones y ser coherentes. Evasiones de impuestos, coimas, fraudes, sobornos o infidelidades, desenfrenos... Naturalmente esto no deja de ser un autoengaño porque la norma, lo correcto, cada hombre lo siente como una llamada al ejercicio de su libertad y eso es lo que determina el comportamiento ético.

Las Ciencias de la Educación nos enseñan que toda persona es influida para bien o para mal por diversos ámbitos educativos: la familia, el ambiente, el colegio y los medios de comunicación social. Lamentablemente encontraremos que los efectos de la crisis están destruyendo esas realidades humanas, y así el amor ya no es amor, por familia se entienden muy curiosos tipos de uniones y el ambiente no sólo no es formativo sino que no enriquece a la persona en su totalidad... Pero, dado el tiempo del que dispongo, pasaremos por alto el análisis de esas realidades y nos detendremos únicamente en el papel de la comunicación y en la formación ética de los periodistas, tema que tengo encomendado.

La Universidad, sede de los saberes

Si en toda época la Universidad como institución juega un papel preponderante, en momentos en que la sociedad padece una crisis seria y generalizada, más que nunca a la Universidad le compete esa tarea de velar por los valores permanentes de crear cultura, de formar a sus estudiantes en criterios de verdad. El servicio de la Universidad es el servicio del que ve más allá, un servicio directivo a la sociedad.

Nos compete estar en el origen de los cambios sociales porque se progresa en el saber, porque se van marcando los caminos para el desarrollo sin pretender sólo éxitos económicos sino con un sentido del valor antropológico de todo trabajo universitario. Es cada persona la que va actuando gracias al patrimonio recibido de las generaciones anteriores y desplegando la energía de su propia creatividad; pero es el hombre el que se beneficia, vive y hace la cultura. De ahí que manifestaciones culturales, modas intelectuales, doctrinas científicas que atenten o mengüen la dignidad humana, no son cultura y la Universidad está llamada a conservar e incrementar lo valioso de la humanidad en todos los tiempos.

"Una Universidad donde no se cultiven suficientemente los saberes humanísticos y filosóficos estará siempre en el riesgo de dar una visión materialista de la vida y del hombre"[4]. La formación humanística debe estar presente en toda enseñanza superior; con mayor razón en nuestra carrera que está al servicio del hombre, es para el hombre, hace sociedad.

[4] Millán Puelles, A., *Universidad y sociedad.* Madrid, 1976, p. 105.

Porque si nos preguntamos, ¿qué es la información?, de un modo simple podemos decir que es la difusión de hechos, ideas y opiniones a través de los medios de comunicación social. Se trata de dar forma a la realidad existente para darla a conocer a los demás. Nos estamos refiriendo a mensajes que llevan en sí la verdad de todo cuanto acontece y es de interés público, al cúmulo de conocimientos que se suceden día a día y van conformando la cultura de la época. Es transmitir un saber que sirva al destinatario para actuar con mayor libertad y solidaridad y, por eso, es un servicio a la sociedad.

Esa información satisface la necesidad de saber y nos permite mantenernos enlazados con el mundo circundante. La información posibilita el diálogo social al poner a nuestro alcance referentes comunes. La información, además, es un bien que sirve un derecho fundamental: el derecho a saber, pero el derecho a saber la verdad.

Una falta de información o una información errónea provoca un disturbio social por la proliferación de rumores, intrigas, falsas noticias que alteran el orden social. "La información veraz y necesaria no es una concesión que el profesional hace en favor de la sociedad, sino un deber que, en justicia, tiene que cumplir. Porque como es injusto privar al hombre o al público de su derecho a la información, también es injusto despojarles de su salud moral con las informaciones falseadas o innecesarias"[5]. La verdad es un requisito mínimo de una adecuada comunicación.

Estas crisis de credibilidad hacia los medios son consecuencia de la misma crisis que afecta a la sociedad y a la vida personal de muchos informadores que han olvidado su deber de informar. Un problema ético subyace en todo el planteamiento.

Por eso pienso que, cada vez más, el sujeto de la información sigue siendo el verdadero protagonista de todo el proceso. Por sujeto entendemos todo hombre, y por tanto tambien el público a quien pertenece la información. Y sujeto profesional es el periodista que hace ese trabajo por delegación expresa del público y es el que tiene que estar en condiciones de seguir haciendo un buen trabajo en medio de este ambiente concreto y con una avalancha de tecnología a su disposición. Es nuevamente la persona la que tiene importancia tanto como consumidor como creador de información.

Daniel Bell en "El advenimiento de la sociedad post-industrial" anota que la sociedad post-industrial es una sociedad de información y su mayor problema consistirá en disponer de la cantidad adecuada de personas preparadas profesional y técnicamente, por lo que la Universidad se convierte en la institución principal de esta sociedad junto con las empresas y, en primer lugar, la familia. La abundancia y diversidad de las fuentes reclama una mayor necesidad de mediación o traducción periodística: la noticia ya no se relata, se interpreta. Por eso la nueva sociedad se organiza en torno al conocimiento.

También Alvin Tofler y Peter Drucker refieren que vamos hacia la sociedad del saber en la que la persona instruida es lo esencial. Pero el saber no es manejar el software, no está

[5] Brajnovic, L., *Deontología periodística*. Pamplona, 1978, p. 133.

en los diskettes o en un buen banco de datos; esas cosas pueden contener información valiosa pero el saber siempre está encarnado en una persona, empleado bien o mal por una persona. Esto supone claramente formación y estudio, formación y capacitación tecnológica, comprensión de la persona humana, la sociedad, el sentido de la vida... responder a lo esencial sobre el hombre y el mundo. Los modos de ser y los modos de hacer de cada persona se ven necesariamente implicados para lograr un desarrollo integral.

Comenta Drucker que el concepto mismo de persona instruida ha sido objeto de debates académicos, para definir cómo debe ser esa persona, cual es la formación que le conviene. Y la respuesta debe tener valor universal; esa persona debe ser capaz de aplicar su saber al presente y proyectarlo al futuro y, para eso, el acceso a la gran herencia del pasado tendrá que ser un elemento esencial. Tenemos que capacitar a nuestros alumnos para comprender la realidad y saber dominarla. Cada informador deberá ser un intelectual, un buen gestor porque actuará en organizaciones y debe saber trabajar con espíritu de servicio en favor de ese público que ha confiado en nuestro papel de mediación. El acercamiento a la persona, servirla, fortalecer su dignidad, es un criterio operativo de eficacia. El comunicador debe saber (y querer) discernir qué información necesita el destinatario para actuar más libre y solidariamente; debe conocer lo esencial y relevante de ese saber y debe saber transmitirlo.

FORMAR INFORMADORES

En otro lugar ya ha quedado establecido y reseñado el por qué la formación es un deber y cómo debe darse, abordando el tema encuadrado en el sistema del Derecho de la Información pero ahondando en la perspectiva de la Deontología que supone el sentido del deber[6]. Quizá ahora sólo valga la pena aludir a dos ideas que se citan constantemente y que son un lugar común en nuestros días: la excesiva preocupación por la especialización o la enseñanza profesionalizante y la necesidad de la formación ética.

La primera idea nos remite hacia atrás, hacia el inicio de la etapa profesional en la ordenación de la enseñanza del Periodismo. Se había superado un primer momento errático, en el que paso a paso se fue configurando la necesidad de dotar de una cultura específica a quienes se dedicaban a esa tarea. También en ese caso, el desarrollo tecnológico y el afán de dotar de cultura a los hombres de prensa llevó a precisar en un documento de la UNESCO titulado *The training of journalist,* el sentido de la formación: "deberá ser suficientemente amplia para familiarizarle con los aspectos más importantes del conocimiento humano, y suficientemente práctica para asegurar la aplicación eficaz de los conocimientos teóricos al ejercicio del periodismo". Las escuelas se convirtieron así en el lugar que sustituía a la redacción del periódico y las enseñanzas intentaban simular el ejercicio profesional bajo todos sus aspectos. Se daba una marcada prioridad al saber hacer.

[6] Cfr. Aguirre, M., *El deber de formación en el informador*. Pamplona, 1988.

Esta etapa quedó superada en el mismo momento en que fue cobrando auge lo específico de la profesión y la necesidad de dar el paso para que esa formación sea una carrera universitaria; pesaban a favor de esta idea dos realidades: existe un objeto de estudio propio: las Ciencias de la Comunicación y los que se dedican a esta tarea necesitan un conocimiento cabal del mundo y de los acontecimientos, tarea más propia de una Universidad que enseña ese saber pensar universal.

La dificultad actual la veo en que nuevamente se pretende desbrozar las ramas de lo que es un tronco común en favor de especializaciones que son muy necesarias y convenientes en los estudios de post-grado, cuando ya se han cimentado las bases sólidas de toda la formación. También el auge de la tecnología lleva -a alumnos y profesores- a inquietarse por estar al día de unos temas que deben conocerse pero que no vienen a ser sino una parte de la formación académica. Así, el hacer técnico ha tenido un protagonismo permanente en el proceso de la enseñanza. El avance tecnológico es tan rápido e incesante que pretender estar al día en el uso y manejo de los medios se convierte en un imposible; por eso una formación que se apoye en el hacer, está de antemano condenada a la esterilidad y a la frustración.

Son importantes las disciplinas técnicas porque están encaminadas a facilitar un tipo de saber: el saber hacer. Pero no es un hacer desvinculado del pensar -más propio quizá del operario-, sino de un tipo de conocimientos que llevan a saber utilizar los instrumentos, es decir, están encaminados a la acción, no a la operación. Desde siempre ha habido quienes niegan a lo técnico la capacidad formadora y el aspecto valorativo que conlleva, sin advertir que también cada instrumento técnico es la confirmación de una idea. Como afirma el profesor Desantes, el orden tecnológico se presta más fácilmente a servir una voluntad de poder, que con los medios informativos alcanza unas dimensiones incalculables.

En concreto, en sí misma, la técnica no es buena ni mala, el sentido se lo da la intencionalidad de quien la usa. Interesa por eso la formación de la persona que será informador porque será él quien con su actuación libre y responsable sabrá o no responder al estilo de vida que la profesión exige. Tengo la impresión de que el error persiste y que hoy se sigue formando al profesional, al técnico, al especialista, pero se ha dejado de lado la formación del ser del hombre a quien se prepara para la vida. Hay que formarlo para que sepa y quiera comunicar bien.

Si pensamos en civilizaciones que lograron la más alta significación en la cultura occidental, vemos que el tema de la formación ocupó un lugar esencial. Tanto en Grecia como en Roma se encuentra este mismo ideal de conseguir que sus ciudadanos alcancen el más alto grado de perfección en su realización como personas y, por tanto, los ideales que se les presentan abarcan los ámbitos del cuerpo y del espíritu. Esta misma idea la supieron integrar los romanos y así su ideal de educación se encaminaba a la formación de todo el hombre -virtudes éticas y morales que hacían del hombre una buena persona- y los conocimientos concretos –virtudes operativas- para desarrollar una tarea dentro de la sociedad.

Por contraste, al pensar en los profesionales de la información, vemos que, por una parte, la sociedad reclama de ellos valores -además de la eficiencia profesional-, pero

su formación discurre por cauces que no forman fuertes personalidades... que es lo que se necesita. Y es que la labor informativa es un acto de justicia, y supone buscar la verdad, encontrar la verdad, dar la verdad relevante que sirva al destinatario... y para eso se requieren cualidades que tipifican a la persona y no al objeto informativo, aunque vividas esas cualidades, los mensajes obtienen la más alta calidad.

La sabiduría tradicional nos enseña que, en el fondo, la formación es dar a la persona la posibilidad de desarrollar sus facultades. Una auténtica formación informativa debe ir, necesariamente, por ese conjunto de verdades decantadas por la historia sobre el auténtico modo de ser del hombre y sabemos que todo lo que no perfecciona al hombre lo deshumaniza. El servicio representa un alto contenido intelectual y tiene implicaciones culturales de gran significación humanista; la tarea informativa es servicio y por eso tiene una gran dimensión perfeccionadora del hombre y de la sociedad.

La enseñanza de la ética

El tema de la ética se ha convertido en un *leit motiv*, no sólo cuando nos referimos a la tarea informativa sino a la sociedad en general. Su interés y vigencia ha existido siempre pero nunca como ahora fue tan necesario el mencionarla ya que el mal vivir o el mal obrar se deriva de la fuerte conmoción de valores que impregna nuestra cultura. Lo que resulta sorprendente es que habiendo casi un acuerdo unánime, tanto en la sociedad como en los gremios profesionales, el consenso se esfuma cuando conviene definir cómo hacerlo y qué valores transmitir.

Hoy están presentes muchas ideas referidas al ejercicio de la profesión que traducen el sentir de una mayoría. Ya sea desde la perspectiva de la empresa informativa, del público, de los medios, de las asociaciones o de los propios profesionales de la información, es frecuente oír hablar de rigor informativo, veracidad, honradez, respeto a la dignidad de las personas y demás adjetivos que pertenecen a la esfera ética del quehacer informativo.

También son constantes las alusiones a la libertad, los deberes, la justicia, términos todos que nos llevan directamente al ámbito del Derecho, en este caso, al Derecho de la Información. De esto se puede deducir una consecuencia evidente en sí misma: las nociones de Ética y Derecho están en el centro e impregnando todo el trabajo informativo. Por tanto, una primera idea nos lleva a ver como esencial la presencia de estas materias en todo plan de estudios de Comunicación como base de todos los demás conocimientos.

"La orientación normativa –deontológica o jurídica- del estudio de la información, además del valor formativo que tiene para el estudioso por ser estudio de la moral o del derecho y por ser estudio de la información, tiene indudable ventaja: que al contemplar la fenomenología informativa desde el plano superior de los valores la observa en su conjunto y no de una manera parcelada y, en consecuencia, unilateral"[7]. Ese enfoque

[7] Desantes Guanter, J.M., *La información como derecho*. Madrid, 1974, p. 167.

nos remite a plantearnos el constante deber ser de la tarea informativa y, por tanto, moverse en el terreno teleológico. Esa especulación sobre los fines facilita a la prudencia la orientación necesaria para obrar, no conforme las circunstancias lo vayan exigiendo, sino en conformidad a las rutas señaladas por la Ética y el Derecho que conforman el camino de la realización del bien y de una de sus manifestaciones: la justicia. El "hacer" queda así enriquecido por la constante referencia a unos objetivos que le sirven de norte.

La Ética, sabemos, como disciplina filosófica es especulativa porque reflexiona sobre la correcta orientación de los actos humanos con el fin de obtener unos principios de validez universal que orienten hacia la excelencia del crecimiento del ser de la persona; como disciplina científica es teórica y aplica estos principios a un objeto determinado; pero, a la vez, es ciencia práctica, ya que su objetivo es lo que el hombre ha de realizar, un operable. No es pues sólo para conocer, sino que está encaminada al obrar y más precisamente al obrar rectamente.

Pero ese obrar correctamente pertenece a una persona, a un profesional determinado en cada acto que realiza, de modo que le ética se convierte no sólo en una ciencia que se conoce sino en un modo de vivir conforme a la recta razón. Si esto es así, ¿cómo enseñar ética? La propuesta es sencilla: "La ética, por definición, busca el bien. Y el bien se logra cuando se conoce y respeta la verdad (...). Por eso, obrar bien es obrar conforme a la verdad, conforme a lo que son las cosas".[8]

La pregunta no es banal y llevamos siglos intentando contestarla porque equivale a preguntarse: ¿cómo puede enseñarse el bien? o, ¿cómo lograr que las personas actúen conforme a la verdad? Ya Platón se preguntaba si se puede enseñar la virtud, que es tanto como preguntarse si se puede enseñar a ser buenos. Y Aristóteles, recogiendo los argumentos de su tiempo, comenta que algunos piensan que el llegar a ser buenos es obra de la naturaleza, otros que del hábito, otros que de la instrucción. Y su convicción es que para llegar a ser buenos no basta la instrucción racional porque la ética no es una disciplina puramente especulativa, sino práctica; por eso su profundo interés por los hábitos que conforman las virtudes ya que se trata de obrar de acuerdo a las "buenas costumbres"... lo que nos lleva a plantearnos la enseñanza de la ética al modo clásico, como la búsqueda de la vida lograda, la vida buena.

Cuando en la sociedad la verdad acerca del hombre y del mundo son valores compartidos, las dificultades se esfuman y el contenido de las buenas costumbres es entendido por todos. La dificultad proviene, como vimos, de la noción de hombre autónomo que lleva a relativizar la verdad y busca encontrar respuestas a las múltiples manifestaciones personales. En ese contexto se hace más difícil educar si no se busca como sillar el sentido propio de naturaleza humana.

La enseñanza de la Ética no puede olvidar esta realidad: no basta con instruir

[8] Ayllón, J.R., *Ética razonada*. Madrid, 2001, p. 31.

racionalmente, hay que considerar la naturaleza del hombre y los hábitos, lo que Aristóteles llamó las "buenas costumbres".

De otro lado, al hombre hay que educarlo pero él es el artífice de su propia vida. En este sentido conviene distinguir el plano práctico en el que se desarrolla la conducta y el plano filosófico que es el propio de la ética como disciplina ubicada en el mundo académico. Lo que se pretende dejar sentado es que en nuestras Facultades podemos enseñar Ética, y nos estamos refiriendo a un *syllabus* bien pensado, con los temas apropiados, que tiene su correspondencia en el Programa, en el que se considera una bibliografía cuidada... esa es la parte teórica de la asignatura que se pude enseñar de modo formal.

Pero ¿cómo conseguir que ese futuro informador sea honrado, leal, capaz de decir no a los chantajes, que respete la fama de los demás, etc.?

Nos estamos refiriendo a objetivos que desbordan el campo de la enseñanza y se encuentran en el mundo de las libres decisiones personales. Decisiones que, para ser sólidas, deben estar asentadas en principios que son comunes a todos los hombres, por naturaleza, y que nos permiten calificar la calidad de nuestras acciones.

En diversos lugares ha quedado ya anotado que "la ética no se enseña, se aprende". Es teoría puesta al servicio de la acción; pero esa acción es personal, por eso no puede agotarse en la enseñanza formal. La Ética forma parte de la formación integral de la persona, de ahí su necesaria inserción en el proceso educativo. Pero una vez más distingo: se pueden exponer formalmente todos los temas profesionales relacionados a la comunicación y a su deber ser, pero eso no es garantía de eficacia. Esa enseñanza necesita estar integrada dentro de una filosofía educativa que esté orientada a la formación del hombre total. Y eso tiene que ver con la formación de su carácter, de sus convicciones, con el conocimiento de los valores y con el ejercicio de hábitos buenos. Y eso es difícil de enseñar de modo formal.

Es una feliz expresión educativa, apropiada para nuestros efectos, la de *Pedagogía visible y educación oculta*[9]. La frase encierra, con nitidez, el modo de cubrir un mismo objetivo educativo: educar para la vida, y por eso, la pedagogía visible estará conformada por el plan de estudios, las materias que se impartan, las prácticas profesionales, etc. Pero cuando deseamos que nuestros alumnos sean honrados, leales, amantes de la verdad, estamos aludiendo a categorías que desbordan el conocimiento preciso y la planificación. Esa educación oculta está más directamente relacionada con la personalidad del alumno y la calidad humana del profesor, con los ejemplos del ambiente, y por eso está más cerca de la formación de actitudes, de la iniciativa, de los proyectos de vida, del mundo de los valores. No se tratan de realidades excluyentes sino complementarias porque apuntan al desarrollo total de la persona.

Conocimientos, aptitudes y valores son realidades existentes en el hombre con diferentes niveles de profundidad que indican el camino del proceso educativo. Lo

[9] García Hoz, V., *Pedagogía visible y educación invisible.* Madrid, 1987.

primero es la adquisición de conocimientos porque en ellos se apoya el desarrollo de las aptitudes. Cuando el conocimiento no sólo llega a conocer la realidad de las cosas sino el *bien, aquí y ahora*, se ha llegado a la profundidad de los valores donde la persona adquiere su plenitud. La educación es un proceso interior, personal, y es completa cuando no se queda sólo en el conocimiento sino se llega al mundo de los valores y cómo vivirlos. Por eso la educación invisible se traduce especialmente en la formación ética, en el conocimiento de los valores y en la necesaria promoción de las virtudes, que capacitan para acceder a los bienes mejores.

La distinción es especialmente importante porque se pueden conocer los valores pero no traducirlos personalmente en la vida práctica. Podemos hablar de valores en la profesión, de enseñanza de la ética, y no servirá para nada si no hay un compromiso personal de querer encarnar esos valores y vivir conforme a ellos. Los valores son esencias; encarnados en la persona vienen a ser las virtudes o las buenas costumbres a las que hoy también llamamos ”cualidades”. Por eso la ética, como la vida, es una. No existe una ética profesional y otra personal, como tampoco se da una ética individual y otra social. Esa disociación lleva a la infecundidad y no permite la integridad. El conocimiento es indispensable pero no suficiente como base para toda actuación; se hace indispensable integrarlo en la vida toda.

Efectivamente, la ética no se puede enseñar, del mismo modo que tampoco se puede enseñar a vivir. Pero sí se puede y se debe enseñar todo el contenido teórico de la disciplina filosófica, lo que se refiere a los fines de la información, al perfil del informador, a los mensajes, etc. No es posible enseñar la decisión correcta que se debe tomar en una situación profesional concreta, cómo hacer frente a un dilema ético que se suscita en el ejercicio profesional, cómo resolver un conflicto de intereses, cómo rechazar un beneficio personal cuando es inmoral... esas decisiones son de racionalidad práctica y corresponden más bien a la virtud de la prudencia y al criterio como norma propia para el discernimiento. No basta con saber dónde está el bien, hay que hacerlo y por eso vive éticamente no el que sabe de ética sino el que hace lo correcto.

Hasta aquí he pretendido solamente exponer el tema tal como lo veo. Creo que no sería prudente de mi parte, por un afán de precisar más, dedicarme a dar recetas. Nada más lejos de mi intención. Pero pienso que sí podemos aportar, cada uno, la experiencia que ha tenido hasta la fecha en esta enriquecedora tarea de formar informadores.

Por mi parte, aporto unas cuantas razones y pienso:

- la Ética –integrando normas, virtudes y bienes- no puede faltar en ningún plan de estudios de nuestras facultades. Al ser la información un bien y la verdad su constitutivo formal, la materia se encuentra de lleno en su ámbito. El Derecho de la Información la complementa y fortalece.
- el aspecto teórico de la enseñanza de la asignatura "Ética Informativa", está bien orientado cuando el objeto material y formal de la disciplina se encuentra claramente diseñado en las lecciones que se imparten. Por naturaleza, la Ética responde muy bien a las preguntas acerca de qué es, cómo es y para qué es la Información. La respuesta a estos interrogantes van conformando el *syllabus* de la asignatura.

- el aspecto oculto de la enseñanza está en la persona del profesor, en su interés por el aprender del alumno, en querer formarlo integralmente y apuntar hacia la educación de la persona total, en presentarle modelos de conducta y orientar hacia la adquisición del *ethos* profesional. Es decir, no sólo se debe apuntar a objetivos cognoscitivos sino afectivos y morales: saber amar, querer servir.
- es muy deseable que la enseñanza de la Ética esté precedida por el estudio de la Antropología para que algunos conceptos, como *persona y naturaleza* estén sólidamente fundados.
- como gran parte de la materia es vida, la metodología deseada va hacia la formación del criterio y la reflexión necesaria para tomar decisiones. El método del caso, el análisis y comentarios de videos y literatura apropiada son un buen cauce para enfrentar al alumno con situaciones reales y hacer que las resuelva. Son técnicas que se usan mucho en las escuelas de negocios con el mismo fin.
- la preceptoría o tutoría con el alumno para ayudarle y animarle a mejorar en todos los aspectos de su persona requiere del tutor tiempo y sincero aprecio por el otro, disponibilidad, cercanía y escucharle.

En términos empresariales hay palabras que se usan con frecuencia porque representan conceptos válidos en la actualidad, entre ellos los de innovación y cambio. Estamos en una cultura de la innovación pero la innovación no es ciencia o tecnología sino valor y comienza por preguntarse: ¿qué es nuestra empresa y cómo podríamos mejorar? Y la respuesta llevará a buscar cambios de estrategias, de comportamientos, crea un nuevo potencial de acción. Surge cuando alguien dice: "hagamos esto mejor", y se piensan vías nuevas.

Por contraste el cambio supone dejar lo anterior y tomar otra dirección; camino válido cuando hay que hacerlo, pero falso camino cuando obedece sólo a la moda del momento y entonces el cambio es más bien fruto del capricho pero no de la conveniencia. Menciono esto porque en la formación de informadores hay temas, materias, asuntos, que no se pueden cambiar porque son fundantes. Hay asuntos que se pueden innovar y otros incorporar, como es el caso específico de los avances tecnológicos. En discernir este entramado está la sabiduría de quienes nos dedicamos a la docencia universitaria. No se pueden cambiar los fines de la información, la verdad sobre el mundo y el hombre; cambia la tecnología y hay que saber adaptarse a ella, para dominarla. Por todo lo dicho, un buen informador debería:

- hacer una información más humana que no sólo denuncie el mal sino que presente el atractivo del bien. El alto *rating* no está reñido con la ética.

- estar alerta para no limitarse a informar de superficialidades y evitar la tendencia de subrayar lo sensacionalista o negativo.

- comprometerse a elevar el nivel de la moralidad pública y a colaborar en formar una opinión pública sana.

- saber hacer un uso creativo de la tecnología en beneficio de la humanidad.

- no buscar sólo el aplauso del público sino el de la propia conciencia.

- en resumen, no perder de vista que se ha elegido en la vida una tarea profesional

que compromete la totalidad de la persona al servicio de lo que los destinatarios necesitan saber para ser más libres y solidarios.

La era de conocimientos en la que estamos, tiene un protagonista que Peter Drucker llamó *knowledge worker* -trabajador del conocimiento- y, actualmente, la única ventaja competitiva de las economías desarrolladas es la mayor posibilidad de personas formadas. Y añade que es una ventaja cuantitativa en la que el mundo desarrollado lleva una gran delantera. No cualitativa, porque en el mundo menos desarrollado se encuentra gente cualitativamente bien formada, pero en menor cantidad, y eso marca la diferencia.

Si los conocimientos son un recurso, y un recurso importante, nuestro futuro dependerá mucho de que seamos capaces de gestionarlos adecuadamente. Gestionar conocimientos equivale a saber usar la tecnología para mirar el mundo y establecer estrategias, políticas, planear el propio desarrollo. Y eso supone personas mejor formadas: el desarrollo del capital humano es hoy el éxito de las empresas del tipo que sean. Señala Charles Handy que los beneficios son como la sangre arterial en la empresa; sin ella no puede haber vida. Por eso las empresas se preocuparán más y más de enriquecer las vidas de sus colaboradores.

Pero todo lo dicho no sería viable sin una ética del trabajo; la ética del juego limpio. Ganar sí, pero importa mucho el modo de lograrlo; no a cualquier precio. Hay que servir ganando más que ganar sirviendo. Sobre esta concepción ética es donde se debe construir la globalización, la tecnificación, la creatividad y todos los valores. Esto exige unos principios y unos valores personales y sociales sólidos sobre los que se puede construir porque explicitan conceptos que constituyen la base de la organización social de occidente. Pero esos principios no se adquieren sin esfuerzo. Hay que trabajarlos. Hay que tenerlos presentes como líneas maestras del cambio económico y social y como base de la formación de quienes dirigen un mundo cada vez más global.

Concluyendo, podemos afirmar que desde el inicio de este Tercer Milenio es fácil predecir que los avances científicos no se detendrán. El gran reto es roturar el camino que lleva a esa transformación de las personas que trabajan con la comunicación. Hay que retornar a los verdaderos fines de la información y hacer que efectivamente sea un bien difusivo, universal, que colabore a lograr una sana democracia.

Fritz Schumacher hace algunos años hizo sonreír al mundo con un libro que llamó *"Lo pequeño es hermoso"* y ahí decía: "Hay gente en busca de un nuevo estilo de vida que busca retornar a ciertas verdades básicas acerca del hombre y del mundo. Los llamo los del regreso al hogar. Pero el término regresar al hogar tiene, por supuesto, una connotación religiosa. Porque se requiere una gran dosis de coraje para decir "no" a las modas y a las fascinaciones de la época y cuestionar los principios de una civilización que parece destinada a conquistar el mundo entero. La fortaleza requerida sólo puede derivarse de convicciones profundas". Todo eso nos lleva a dejar sentado que sólo en la medida en que recuperemos los ideales clásicos y volvamos a una ética de las virtudes podremos devolver la unidad y el sentido a la vida humana y, con ello, a las dimensiones diversas de su hacer.

La actividad informativa será más humana, solidaria, con sentido social y respeto a los demás, en la medida en que sean así los hombres que la hagan, los que la consumen, los que la producen. Es una tarea compartida de la que nadie puede sentirse eximido.

Por eso, urge establecer una auténtica cruzada en defensa de la buena información en la que estemos comprometidos los personajes que se relacionan más directamente con ella: los informadores y las empresas informativas.

INFORMADORES

El perfil está claro y junto a competencias intelectuales, sentido histórico, documental, verificador, etc., se les exige atributos como honradez, responsabilidad, obligación de difundir una información leal, exacta, de utilidad para el destinatario... porque se comprende que el futuro de los países depende en gran parte de la buena intención, lealtad, sentido de responsabilidad, etc. de los que hacen las noticias. El cometido de los informadores es vital ya que deciden la forma y el contenido de la información destinada al público y, por el rol que juegan, tienen muchas posibilidades de influir en las ideas y opiniones e, incluso, de moldearlas.

Yo propondría a los informadores lo que Juan Pablo II anota de modo certero: "Si es difícil una objetividad completa y total, no lo es la lucha por dar con la verdad, la decisión de proponer la verdad, la praxis de no manipular la verdad, la actitud de ser incorruptibles ante la verdad" (2-XI-1982). El periodista debe ser el hombre de la verdad. Ahí no puede –no debe- ser neutral, ni imparcial, ni independiente de lo que es verdad y bien para el destinatario.

EMPRESAS

Especialmente las informativas son empresas muy delicadas ya que ofrecen un servicio peculiar. Además, en el mundo acual las empresas tienen como principal activo a las personas, a las que deben esforzarse por mejorar. La ley que debe regir la dinámica empresarial es sencilla: la prioridad de las personas sobre las cosas. Eso quiere decir que la empresa gira y se desarrolla entre asuntos éticos. Con esa visión y, por razones antropológicas fáciles de descubrir, su rentabilidad mejora ya que “en condiciones de igualdad, la conducta ética favorece la salud corporativa”.

Sólo con que la empresa no atente con el buen hacer de su gente siendo ella la que propone “irregularidades”, informaciones priorizadas por intereses políticos, intereses poco nobles, etc., ya estaría permitiendo –en el sentido de no impedirlo o dificultarlo- el desarrollo personal de sus colaboradores, lo que redunda en una mejor información.

Existe en Comunicación Política un modelo crítico, estudiado por Nölle-Neumann, que sostiene que las personas rehúyen el aislamiento que supone pensar distinto de los

demás, aunque tengan que callar o modificar sus ideas. La teoría sostiene que quien piensa que sus ideas son minoritarias o "ya no se usan", tiende a no tomar parte en la conversación. En consecuencia, las minorías convencidas son las que más opinan y eso hace que incluso parezcan más fuertes de lo que en realidad son. En cambio, las mayorías silenciosas caen en una espiral de silencio que les hace perder fuerza y convicción.

Sería una pena tener muy claros los valores que queremos que guíen nuestra vida y la sociedad pero que, en la práctica, caigamos en esa espiral de silencio que permite la actuación de unos pocos que sí hacen oír su voz, amplificada. Una situación injusta es fruto de la acumulación de muchas inmoralidades personales. Pero no desaparecerán por sí solas sino mediante la actuación ejemplar de muchas personas concretas. Un problema global sólo se resuelve con respuestas personales.

Ya en 1809, Joubert anotaba en sus Apuntes íntimos: "Si las costumbres públicas son buenas, las malas costumbres individuales cuentan poco porque el descrédito que las castiga mitiga los inconvenientes; pero cuando las costumbres públicas son malas, adquieren una extrema importancia las buenas costumbres que son su censura...". Por eso, si queremos un mundo mejor, una información de mayor calidad, interesa cada acción personal. Importa la huella que dejo, la protesta que señalo, el desacuerdo que manifiesto, la acción positiva que realizo; solo así iremos haciendo una auténtica revolución silenciosa pero eficaz.

Finalmente, hemos de preguntarnos si es posible crecer éticamente, mejorar. La respuesta no tiene vuelta de hoja y hemos de decir que sí ya que el crecimiento ético es el único crecimiento irrestricto en el ser humano. Todos los demás crecimientos tienen un límite; ser mejores personas, no. En este sentido, dado que la ética es el nexo entre el ser y el obrar humanos, crecer éticamente es crecer en libertad porque éste es el modo ordinario en que el ser humano cumple su fin: aprender -y seguir aprendiendo- a pensar y a amar. En realidad se trata de un proyecto de vida plena.